

9302  
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

y

BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

---

---

# QUIEN MAS MIRA...

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

DE

LUIS COCAT Y HELIODORO CRIADO



MADRID

EDUARDO HIDALGO

Cedaceros, 4, 2.º

ARREGUI Y ARUEJ

Greda, 15, bajo

1894



QUIEN MÁS MIRA...

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías de los SRES. HIDALGO y ARREGUI Y ARUEJ son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

---

# QUIEN MÁ S MIRA...

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

DE

LUIS COCAT Y HELIODORO CRIADO

Representado por primera vez  
con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche del  
11 de Enero de 1894



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

ADELA.....	Doña	Julia Sala.
NIEVES.....		Josefa Mari.
DON NICOMEDES.....	Don	José Rubio.
EDUARDO.....		Víctor Pastor.
CELEDONIO.....		Rafael López.
PACO.....		Alfonso G. Cruz.
UN MOZO DE EQUIPAJES.....		N. N.

---

La acción en Madrid.—Época actual

---

Derecha é izquierda, las del espectador

---

---

# ACTO UNICO

---

Sala con puerta al fondo y laterales. Chimenea y muebles elegantes.

## ESCENA PRIMERA

PACO, luego DON NICOMEDES

Al levantarse el telón la escena está obscura, y se oyen campanillazos en el interior. Paco, á medio vestir, aparece por la segunda puerta de la izquierda, con una palmatoria encendida

PACO ¡Duro, duro!... ¡Vaya un repique! ¿Quién demonio llamará así á las seis de la mañana? (Abre la puerta del fondo.) ¡Ni que hubiera fuego en la casa! (Desaparece un momento y vuelve á entrar seguido de don Nicomedes. Se ilumina la escena.)

NIC. (Entrando agitado.) ¡Dormís como ceporros!...

PACO Pero, señor...

NIC. ¿Dónde está mi yerno? Quiero hablar con mi yerno...

PACO El señorito Eduardo está durmiendo.

NIC. ¡Despiértale; que se levante! ¡Anda vivo!... (Paco enciende la bujía de un candelabro, y vase luego por la primera puerta de la derecha.)

## ESCENA II

DON NICOMEDES, solo

NIC. ¡Llevo nueve horas sin sosegar un momento, mejor dicho, quince días; pero sobre todo desde anoche que tengo el convencimiento de que mi yerno engaña á mi hija! ¡Pillastre! No sé si podré contenerme en cuanto le vea. ¡Pobre hija mía! Si ella lo sospechara siquiera, se moría de repente. ¡En toda la noche he podido cerrar los ojos; sólo un instante que me quedé un poco traspuesto caí sobre la mesilla de noche creyendo que cogía á mi yerno *in fraganti!* Ramona se sobresaltó, y es claro, no pudo menos de preguntarme:—¿Nicomedes, qué te pasa?—Nada mujer, nada; la respondí; como has tomado café... eso, en cuanto tomas tú café, no puedo conciliar el sueño.—Mentira, por supuesto; eso nos sucedía en otros tiempos. ¡En fin, no pude más; me levanté, me vestí y he venido como un cohete!

## ESCENA III

DICHO, PACO y luego EDUARDO

PACO (Saliendo.) El señorito se está levantando.  
NIC. Bueno, vete. (Vase Paco por el fondo.) ¡Como no me dé una explicación categórica, desdichado de él! Reportémonos. Conviene proceder con sagacidad y astucia... Aquí está.  
EDUAR. (Saliendo por la primera puerta de la derecha, de batin, zapatillas, etc.) Perdone usted, querido papá; estaba casi en el primer sueño. ¿Qué ocurre? hable usted...  
NIC. (Receloso.) ¿Nos oirá?...  
EDUAR. No; Adela duerme profundamente.  
NIC. ¡Más vale así; pobrecital...  
EDUAR. ¡Me alarma usted! ¿Está enferma mamá?



- NIC. Desgraciadamente, está buena. (Con gravedad cómica.)
- EDUAR. ¿Cómo?
- NIC. No; quiero decir... Sentémonos.
- EDUAR. ¡Diantre! No puedo adivinar...
- NIC. Caballerito... Anoche salió usted de casa, solo, ¿eh?
- EDUAR. Anoche... (Recordando.) Sí, sí; como casi todas las noches.
- NIC. ¿Y se retiró usted tarde?...
- EDUAR. Le diré á usted, tarde...
- NIC. (Misterioso.) Nada de rodeos. He sabido que algunas noches se acuesta usted con la aurora.
- EDUAR. ¡Yo!... ¡Qué calumnia! Adela es testigo...
- NIC. (Imponiéndole silencio.) El sereno me lo ha dicho.
- EDUAR. ¡Hombre! ¡Pues me gusta... la serenidad!
- NIC. Anoche estuvo usted desde las nueve hasta las diez menos cuarto paseando por delante del Teatro de Apolo.
- EDUAR. ¿Y qué? ¿Hay algún mal en ello?
- NIC. ¡Un hombre casado, paseando allí á esas horas, falta al decoro, á la moral, y á las instituciones! A la del matrimonio sobre todo.
- EDUAR. Pero diga usted, papá, ¿para esto ha venido usted á sacarme de la cama? Estoy tirando...
- NIC. ¡Te aguantas! A las diez menos cuarto se fué usted á la tienda de flores de la Carrera de San Jerónimo
- EDUAR. ¡Cáspita! ¿También?
- NIC. Y compró usted un ramo que le costó cuatro duros.
- EDUAR. ¡Digo! ¡Ni que le hubiera llevado á usted en el bolsillo!...
- NIC. Luego se fué usted á la calle del Turco, número sesenta. ¡No lo niegue usted!
- EDUAR. ¡Qué he de negar!...
- NIC. Subió usted al piso segundo, con el ramo, por supuesto; llamó, le abrieron y entró.
- EDUAR. Adelante.
- NIC. ¿Quiere usted decirme por qué entró allí?
- EDUAR. Pues porque me abrieron; la cosa es clara.

- NIC. Pero lo que no está claro, sino muy turbio, es que se estuvo usted hasta las once que salió, y sin el ramo por añadidura.
- EDUAR. No; sin añadidura querrá usted decir, porque el ramo...
- NIC. ¡Eso es lo que yo quiero saber! ¿Qué hizo usted de él?
- EDUAR. ¿No me supondrá usted jugador de manos?
- NIC. ¿Se chancea usted?
- EDUAR. Es que un Macallister hubiera hecho del ramo, un reloj de cuco, un paraguas, ó una docena de pañuelos de jaretón...
- NIC. ¡Repito que no me falte usted al respeto!...
- EDUAR. Vamos, cálmese, querido papá.
- NIC. Necesito saber qué hizo del ramo.
- EDUAR. Pues... mire usted, nada.
- NIC. ¡Se turba; no hay duda! ¡Engaña usted á Adela!
- EDUAR. Me lo figuraba que iba usted á salir (se levantan.) por ahí; ha dado en esa manía, y la verdad, ha de saber que ya me va cargando se sospeche así de mí. Usted es una buena persona, un hombre lleno de rectitud, de lealtad, buen esposo y mejor padre; pero tiene usted un defecto...
- NIC. Señor mío...
- EDUAR. Sí; el defecto de querer demasiado á su hija...
- NIC. Basta.
- EDUAR. No, seguiré; hoy tenemos tiempo por delante (señalando al reloj de la chimenea.) y, puesto que me ha hecho usted madrugar para que hablemos, hablemos.
- NIC. (Sentándose de nuevo en la silla que ocupó Eduardo, y éste en la de don Nicomedes.) Sea; esto no puede quedar así.
- EDUAR. Usted siempre ha creído imposible que hubiera un nacido capaz de hacer feliz á su hija. No quería usted casarla por esa maníatica aprensión, y se resistió usted hasta el último momento, no sin predecirla que sería desgraciada.
- NIC. ¡Y á ver!...
- EDUAR. Y ahora que es mi esposa, pretende usted á todo trance que engañe á Adela.

- NIC. ¡Habrà valor!...
- EDUAR. Y se saldrà usted con la suya, porque à fuerza de decirme: «¡Engaña usted à mi hija!» me va usted à hacer caer en la tentaci3n.
- NIC. ¡Ah! ¿Se cura usted en salud? ¿Me achaca la tentaci3n para disculpar el hecho consumado? Porque el ramo en cuesti3n...
- EDUAR. Vaya; va usted à saber el misterio, y sea èsta la ùltima vez. Hoy, es el santo de mi tía Pura, y...
- NIC. Ya; ¿fuiste à felicitarla la vispera, y de noche, como las murgas? (Burl3n.)
- EDUAR. Ès lo que mäs viste este invierno. (Lo mismo.)
- NIC. ¡Un ramo de cuatro duros à una tía! ¿Tú crees que me la trago? Por tres pesetas te dan un ramo muy decente para una tía, y tan cumplido.
- EDUAR. Permitame usted; serà de flores... cordiales, de trapo.
- NIC. ¡Soy perro viejo, caballero! Yo tambi3n he felicitado à otras Puras, que maldito lo que las tocaba como sobrino.
- EDUAR. ¿Despu3s de casado?
- NIC. Sí, señor.
- EDUAR. ¡Qué revelaci3n!
- NIC. Es decir, no; despu3s de soltero.
- EDUAR. ¡Caracoles!
- NIC. ¡Vamos, me hace usted decir barbaridades!
- EDUAR. Bah, no tenga usted cuidado. Doña Ramona no sabrà por mí ni una sola palabra...
- NIC. ¡Nada de bromas, caramba! Con esto nos apartamos de la cuesti3n, y el caso es serio. Yo no te pido mäs sino que te corrijas, que te arrepientas y... Vaya, vamos, confíesamelo todo (Endulzando el tono.)
- EDUAR. Todo qué...
- NIC. ¿Verdad que engañas à Adela?
- EDUAR. ¡Y dale! Mire usted; cuando tenga usted pruebas de ello, hablaremos. Èa, hemos concluido, tengo frío y me vuelvo à mi cama. Abur. (Dirigiéndose à la primera derecha.)
- NIC. Eduardo, mira que...
- EDUAR. Lo dicho. Cuando tenga usted pruebas. Hasta mañana. (Vase.)

## ESCENA IV

DON NICOMEDES, luego PACO

NIC. ¿Conque, pruebas?... ¡Desdichado de tí!... La verdad es que no las tengo... ¡pero las tendré! Yo buscaré, aunque tenga que remover cielo y tierra. (Viendo una levita en una silla la coge.) ¡Su levita! Registremos. Mal hecho está; pero peor está lo otro. (Sacando objetos de los bolsillos, que vuelve á meter.) Un pañuelo... suyo. La petaca... suya. ¡Unos guantes... de mujer, de seguro! (Examinándolos.) No, esta manopla es de macho, son suyos. ¡Papeles... una carta... y perfumada! (Oliéndola.) ¡Está perfumada! (La abre.) ¡Letra de mujer! ¡Ya la pesqué!... (Paco entra con la palmatoria encendida. Nicomedes se guarda rápidamente la carta.) ¿Quién va?...

PACO Usted me dispensará, señor. Voy á limpiar la ropa del señorito.

NIC. Bueno, yo me voy. (Ardo en deseos de leer este papel. (Oliéndola de nuevo.) ¡Vaya si huele!) (Vase á salir por el fondo. Al pasar junto á Paco dice en alta voz.) ¡Pillastre!

PACO ¿Yo, señor?

NIC. ¡No hablo contigo, imbécil! Abur. (Vase.)

PACO ¡Vaya usted con Dios!... ¿Qué le pasará hoy al señorito? Parece que está preocupado... y se huele las manos... ¿Qué será ello? (Coge la levita, preparado á cepillarla; pero antes saca de ella la petaca y un cigarro, que se guarda.) Y el señorito, por lo visto, le ha dejado con la palabra en la boca. (Cepillando la levita.) ¿Porqué le pondrán siempre de mal humor las visitas de su suegro? Eso, y saber dónde compra el señorito estos cigarros, son dos cosas que me gustaría averiguar. Por supuesto, que me tienen sin cuidado, después de todo. (Vuelve á sonar violenta y repetidamente la campanilla del interior.) ¡Atiza! (Vase corriendo

por el fondo, y á poco vuelve á entrar, dando paso á don Nicomedes.)

NIC. ¿Dónde está mi yerno? ¡Quiero hablar á mi yerno!

PACO Se habrá vuelto á acostar.

NIC. Dile que se levante, en seguida... ¡A escape!

PACO Voy, señor, voy. (Éntrase con la ropa por la primera derecha.)

## ESCENA V

DON NICOMEDES, soló

¡Ahora está cogido! ¡Tengo la prueba! Esta carta, aunque incompleta, que acabo de leer en la escalera... ¡Esto es horrible! (Coge la palmatoria, y, con ella en una mano y en la otra la carta, lee.) «Dentro de pocos días estaré en esa á tu lado. He logrado del bueno de mi marido, que me lleve.» ¡Es casada, y llama bueno á su marido! Bueno. «Ya sabes que él nos molestará muy poco.» ¡Digo!... «Así, pues, volveremos á pasar unos cuantos días de aquellos que nunca olvido...» ¡Dios mío, juraría que hasta huele á cuerno quemado... (En su estado nervioso se ha acercado la palmatoria, y la llama de la bujía le ha prendido un mechón. Al sentirlo suelta la luz y se apaga lo prendido con ambas manos.) ¡Cáspita! ¡Si soy yo!... Diablo... no fué nada... Sigamos. «Hasta...» (Llegando al trozo que falta de la carta.) Le falta un pedazo... «Te abraza, tu Nieves. Me he mandado hacer una pulsera con tu pelo; y tú, ¿qué has hecho del mío?» Creo que más claro... (Apaga la bujía. Es de día.) Se dan y se toman el pelo con todo descaro, y hay de por medio un marido, bueno, que no molesta... ¡Ajajá! Ahora sí que... (Frotándose las manos, satisfecho, después de guardarse la carta.)

## ESCENA VI

DON NICOMEDES, EDUARDO, PACO y después ADELA

- EDUAR. (Apareciendo.) ¿Otra vez aquí, papá? (Paco, que sale tras de Eduardo, desaparece por la puerta del fondo, después de apagar la bujía del candelabro. Eduardo trae puesta la levita.)
- NIC. ¡Sí, señor! ¿No quería usted que le trajera pruebas?
- EDUAR. Eso, eso.
- NIC. ¡Pues las traigo! Y plenas.
- EDUAR. A que no.
- NIC. ¿Que no? (Sacando la carta.) ¡Explíqueme usted esto!
- ADELA (Apareciendo repentinamente por la primera puerta derecha.) Buenos días, papá.
- NIC. (Ocultando rápidamente la carta.) (¡Mi hija, silencio!) Hola, hija mía...
- EDUAR. A ver, á ver eso...
- NIC. ¡Chist! Calla... (A Eduardo.)
- ADELA ¿Qué es ello?
- NIC. Nada... un encargo que he recibido de un amigo para que éste le pinte un cuadro de género...
- ADELA ¿Flamenco?
- EDUAR. No, visionista; pero caprichoso y original. Figúrate, un caballero preguntando al sereno á qué hora sale la Aurora, y el sereno le está señalando á una buñolera que está en la esquina.
- NIC. (¡Se burla!)
- ADELA ¿Y tanta prisa corre eso? Porque ha venido usted antes otra vez, ¿verdad?
- NIC. Sí, pasaba por ahí, de vuelta de paseo, y subí... á ver cómo estábais...
- EDUAR. Pero, papá, ¿se retira usted de paseo á las seis de la mañana en el mes de Febrero?
- NIC. No, hombre; si... (Bajo á Eduardo.) (¿Quieres callar?)
- ADELA Pues ya ve usted, estamos buenos y contentos cada día más. ¿Verdad, Eduardo? (Este

va á contestarla con un abrazo, pero don Nicomedes se les interpone y la abraza.)

- NIC. ¡Adela! Adelita... ¡Pobre hija mía!... (Compungándose.)
- ADELA ¿Qué es eso? ¿Llora usted, papá?
- NIC. ¡Sí, hijita; sí, de pena! Digo, de alegría. No; quiero decir, que tu alegría me da pena...
- ADELA ¿Pero, por qué?
- EDUAR. (Lo va arreglando.)
- ADELA Vamos, papá, si somos tan felices... Ya sabe usted que tengo un maridito muy bueno.
- NIC. ¿Quién lo duda? (Reponiéndose y fingiendo.) Sí de fijo no hay dos como Eduardo... pues si por eso precisamente le quiero yo, ya lo creo, más que si fuera hijo mío. (Dando palmaditas en la espalda á Eduardo. Este se sonríe.)
- ADELA ¿Sí? Pues se le conoce á usted mucho. Todavía no le ha dado usted ni un sólo abrazo desde que nos casamos.
- NIC. ¿Que no? Puede que tengas razón... Pero no tengo inconveniente... (Abrazándole.) ¿Por qué no? Este Eduardito... (Bajo y airado.) ¡Hablarémos, tunante!
- EDUAR. Apriete usted... (Estrechándole.)
- ADELA Así, así... (Viéndolos abrazados.)
- NIC. (¡Cómo huele á vainilla!...) (Abrazando en seguida á Adela.) ¡Y ella no! ¡Pobrecita mía!... (Compungido otra vez.)
- ADELA Pero, papá...
- NIC. (¡Esta infeliz vive en el Limbo!) (Separándose de ella acongojado. Aparece Paco por el fondo.)

## ESCENA VII

DICHOS, PACO, luego NIEVES y CELEDONIO, después un mozo de equipajes, guiado por Paco, trayendo maletas y cajas que entra en la primera izquierda á indicación de Adela

- PACO Señoritos...
- EDUAR. ¿Qué hay?
- PACO (Presentándole una tarjeta.) Unos señores que llegan de Córdoba.
- EDUAR. (Leyéndola.) ¿Celedonio?...

- ADELA ¿Ellos? Qué alegría...
- EDUAR. Que pasen, hombre; corre. (A Paco. Se dispone á recibirlos. Don Nicomedes contrariado toma el sombrero para irse.)
- NIC. (¡Qué oportunidad!)
- ADELA No se vaya usted, papá.
- EDUAR. No; son de confianza...
- ADELA Es una de mis amigas de colegio. (Entran Nieves y Celedonio en traje de viaje.)
- EDUAR. Aquí están... Celedonio... (Abrazándole)
- CEL. Dios guarde á sus mercedes. (1)
- EDUAR. Señora mía... (saludando á Nieves que esta besando y abrazando á Adela.)
- ADELA Bienvenida. Y siempre tan guapa...
- NIEV. ¿Y tú? (se sientan y hablan aparte animadamente.)
- CEL. Ya ven ustedes que venimos sin cumplidos, y sin avisar siquiera.
- EDUAR. Así me gusta.
- NIEV. Y para quince días lo menos.
- ADELA Un mes, dos, si te agrada. Te presento á mi papá. (D. Nicomedes se acerca saludándola y habla con ellas.)
- CEL. Me parece que cumplo mi palabra. Te dije: yo voy sin falta á ver tu cuadro antes que lo mandes á la Exposición, y aquí me tienes.
- EDUAR. Lo celebro. Ya lo tengo terminado, y hubiera sentido que no le vieras, ¡porque, competente en el asunto, tu juicio me interesa.
- CEL. ¡Digo, el apartado de una corrida de toros, y en tierra de Córdoba! Y yo que no faltó á á una tienta... Ea, vamos á verlo.
- EDUAR. Luego, luego pasaremos al estudio que lo tengo en la casa de enfrente. No te impacientes. (siguen hablando.)
- NIC. (¡Por vida de los forasteros! ¿Cuándo me dejarán solo con ese?)
- CEL. Hablando de otra cosa. Necesito que me recomiendes á un procurador para encomendarle un asunto que me interesa.
- EDUAR. ¿Un procurador? En el acto. Precisamente

---

(1) Celedonio habla con acento andaluz y sus maneras, aunque finas, son jacarandosas.



tenemos uno agregado á la casa desde las seis de la mañana...

CEL. ¿Agregado?...

EDUAR. (Presentándolo.) Aquí le tienes; don Nicomedes Coscona, mi suegro.

CEL. Que me place, señor mío. Vengan esos cinco... (Se dan las manos.)

EDUAR. Mi amigo Celedonio, que recomiendo á usted para un asunto de procurador.

NIC. Aunque no ejerzo ya, siempre estoy dispuesto á servir á los amigos.

CEL. Olé, eso es hablar. No sabe usted lo que me alegro... Le prevengo á usted que mi asunto es algo complicado; se trata de una herencia.. Verá usted. Figúrese que José Carrasquiña y Carrascosa...

NIÉV. Eso para luego, para luego... (Levantándose con Adela.) Ahora vamos á asearnos un poco.

CEL. Vaya, ya oye usted. (A Nicomedes.) Mi mujer me corta el terreno...

ADELA Aquí tenéis preparado vuestro gabinete. (Llevándola á la primera izquierda, donde entran.) Y si quieren descansar...

CEL. (A don Nicomedes.) Ea, pues, lo dejaremos para más tarde.

NIC. A su disposición.

EDUAR. Sobre todo, mucha franqueza. Como en su casa, ¿eh? Aquí todos somos familia. (Entrase Celedonio.)

## ESCENA VIII

DON NICOMEDES, EDUARDO, luego PACO y después ADELA

NIC. (Ya estamos solos. ¡Calma y energía!)

EDUAR. Ea, voy á preparar mi cuadro.

NIC. ¿Qué, te vas?

EDUAR. Sí; pero vuelvo en seguida. (Toca un timbre.)

NIC. (Cogiéndole del brazo.) Eduardo, á mi edad, el hombre, comprendiendo las debilidades de la juventud, está dispuesto á la tolerancia.

PACO ¿Señorito?

EDUAR. Paco, vete al estudio, enciende la estufa y

estate allí, que luego iré yo. (Vase Paco.) Vaya, papá, concluya usted.

NIC. Toma asiento. (Le presenta una silla y mientras se vuelve á buscar otra, Eduardo desaparece corriendo por el fondo.)

EDUAR. (¡Será pesado!)

NIC. (Sentándose con gravedad sin apercibirse de la huida de Eduardo.) Decía que á mi edad... (Viendo que está solo.) ¡Canastos! ¿Se ha marchado? Apostaría que ese pillo se vale del pretexto de ir al estudio... acaso para escurrirse á la calle del Turco. Aquí de mi disfraz. (Saca del bolsillo una barba postiza y unas gafas verdes, que se coloca.) ¡No se me escapará! De hoy no pasa sin que le coja en flagrante delito...

ADELA (Apareciendo.) Papá... ¿Qué miro?

NIC. ¡Calla! Es por tu bien... ¡Ni una palabra! ¡Mientras viva tu padre, no te la ha de pegar ni á tí ni á mí! (Vase precipitadamente por el fondo.)

ADELA ¿Qué dice? Pegármela á mí... ¿Quién? ¡Dios mío! ¿Será Eduardo?... Imposible, no puede ser. Me quiere demasiado para... (Aparece Nieves.)

## ESCENA IX

ADELA, NIEVES, luego EDUARDO y después DON NICOMEDES

NIEV. Adela, nos has preparado un gabinete precioso; mi tocador es lindísimo, no falta nada. No voy á acordarme en todo el tiempo de mi casa de Córdoba.

ADELA Eso quisiera yo. ¿Y tu marido?

NIEV. Afeitándose. Charlemos un rato. (Se sienta n.)

ADELA Sí, charlemos. Y á propósito, dime, ¿has tenido tú celos alguna vez?

NIEV. ¿De quién, de Celedonio? ¡Qué disparate! Estoy segurísima de él. Su única distracción cuando no está á mi lado, es ir de tiente; pero nada más.

ADELA ¿Y tú le dejas? (Asombrándose.)

- NIEV. ¿Por qué no? Es su afición, y mientras se entretiene en eso...
- ADELA (¡Qué despreocupada!)
- NIEV. Y en Córdoba un día sí y otro no, en cuanto tiene ocasión...
- ADELA ¡Carambital! Pues te advierto, por si acaso, que aquí yo no he de consentirle...
- NIEV. Pero, Adela, ¿qué estás diciendo?
- ADELA Lo que oyes. ¡Vaya unas mañitas!...
- NIEV. ¡Já, já... calla por Dios!... No me has comprendido. ¡Qué tiene que ver la tiente de toros!... ¡Já, já!...
- ADELA ¡Ah! ¿Es á los toros? Mujer, yo creía...
- NIEV. ¡Já, já! Sí, ya te he comprendido. No tengas cuidado. Celedonio es muy aficionado á los toros, nunca falta á una corrida, y como allí están las dehesas tan cerca, se aprovecha para arrimarse á los bichos.
- ADELA Ya, vamos.
- NIEV. Pero, volviendo á tu pregunta, ¿por qué me dices si he tenido celos?
- ADELA Por nada, por nada...
- NIEV. No; algo quieres ocultarme. ¿No te hace feliz Eduardo?
- ADELA Sí, mujer.
- NIEV. ¡Ay, lo dices de un modo!... Vaya, confía tus penas á tu mejor amiga.
- ADELA Te juro que soy dichosa, tanto, que quizás el exceso de cariño... me haga alguna vez exaltar la imaginación; pero...
- NIEV. Pues te aconsejo que te domines. Como los hombres, por lo general, no nos pertenecen en absoluto, debemos quererles con ciertas precauciones.
- ADELA ¡Qué ocurrencia!
- NIEV. Creeme; son como los perros, mal comparados.
- ADELA ¿Los perros, ó ellos?
- NIEV. (Vacilando.) No... sé qué decirte. Pero, en fin, ya sabes que hay perros que á lo mejor abandonan á su amo por otro cualquiera; y el que da pan á perro ajeno...
- ADELA Bien, sí. Pero dominar constantemente los impulsos del corazón...

- NIEV. Tú, tú, tú... Poesía y música celestial. Nada; lo mejor es que te dejes de cavilaciones, ¿oyes? Y si tu marido te fuera infiel, lo que debes pedir á Dios es que no lo sepas; y si lo sabes, que no te importe.
- EDUAR. (Entrando por el fondo.) Ya estoy aquí. ¿Estorbo?
- NIEV. Nada de eso.
- ADELA. ¿Has visto á papá?
- EDUAR. No; se habrá ido. (¡Gracias á Dios!) Vengo del estudio; he colocado mi cuadro en disposición de que lo vean ustedes á su luz debida.
- ADELA. Te gustará. (A Nieves.) Y á tu marido, sobre todo.
- NIEV. ¿Vamos á verlo ahora?
- EDUAR. Y Celedonio, ¿dónde anda? (Yendo á la puerta primera izquierda.)
- NIC. (Entra precipitadamente por el fondo. Ha olvidado de quitarse la barba y las gafas.) ¡Se me escapó! Papá...
- ADELA.
- EDUAR. ¡Canario! ¿Con barbas?
- NIEV. ¡Qué ocurrencia!...
- EDUAR. Pero, ¿á qué viene eso?
- NIC. (Quitándose las y guardándolas con las gafas.) Pues nada, una broma; me dije: voy á ver si les sorprendo... Y en efecto, veo que os he sorprendido...
- EDUAR. ¡Y tanto!... (Eduardo habla aparte con Adela como inquiriendo la causa del disfraz de su suegro.)
- NIEV. (¿Estará guillado este buen señor?)

## ESCENA X

DICHOS y CELEDONIO que trae unos pliegos en la mano

- NIEV. (Al verle.) Mira, ponte el sombrero, que vamos á ver el cuadro de Eduardo.
- CEL. ¿Ahora? Pero, mujer, yo tengo que hablar con este señor de mi pleito; aquí traigo los papeles.
- NIEV. ¿Sí? Pues ahí te quedas. Iré sola.

- NIC. Creo que despacharemos pronto. Yo en seguida me penetro de estas cosas.
- EDUAR. Sí, dejémosles. (A Celedonio.) Allí te esperamos.
- CEL. Ajajá. Mientras, la entretienes enseñándola los dibujos, los modelos y todo lo que tengas.
- EDUAR. Bueno, bueno. Vaya, (A Nieves.) el brazo. Hasta luego.
- NIEV. (A Adela.) ¿No vienes tú?
- ADELA No; voy á cuidar de que se active el almuerzo.
- NIEV. Como quieras. (A Celedonio.) Que no tardes.
- CEL. En cuanto acabe, voy. (Vanse Nieves y Eduardo del brazo por el fondo. Adela sale tras ellos. Celedonio se queda con don Nicomedes ordenando los papeles.)

## ESCENA XI

DON NICOMEDES y CELEDONIO

- NIC. (Como ocurriéndole una idea.) ¡Magnífico!... La mujer de este me va á servir de atadero para Eduardo. Mientras esté atendiéndola no podrá ir á la calle del Turco.)
- CEL. Ea; aquí tiene usted los documentos...
- NIC. (Atendiéndole, pero distraído con su preocupación.) Y esta tarde, los mando al Museo.
- CEL. ¿Cómo?
- NIC. ¿Eh? Nada. Veamos... (Se sienta junto al velador, donde Celedonio está con los papeles ordenados)
- CEL. El asunto, á primera vista, parece algo embrollado; pero luego que se ha explicado con detenimiento... ¿está usted? resulta...
- NIC. (Más embrollado aún; de seguro.)
- CEL. ¡Claro, y boyante... y tal! Figúrese usted que José Carrasquiña y Carrascosa... (Don Nicomedes se distrae nuevamente.)
- NIC. Ese tiene una querida. ¡Vaya!...
- CEL. ¡Quién! ¿Carrasquiña? ¡Si está mascando tierra!
- NIC. (Atendiéndole.) ¿Eh? Pero, ¿de qué está usted hablando?

- CEL. ¿De qué ha de ser? De mi asunto, de la herencia.
- NIC. ¡Ah, sí, sí! Adelante.
- CEL. Bueno; pues digo que José Carrasquiña murió.
- NIC. ¿Conque murió? Más vale así... Sí; porque el que muere descansa, y ojos que no ven... (¡Pero mientras yo vea!...) (Volviendo á distraerse con su preocupación.)
- CEL. ¡Pues si levantara la cabeza!...
- NIC. (¿A dónde los enviaría yo después?)
- CEL. Pero, en fin, él murió en...
- NIC. ¡El Escorial! (Hablando consigo mismo.)
- CEL. ¡Cá, hombre! embarcado para la Habana.
- NIC. ¡Mejor! ¿Por mí? Si usted no se opone...
- CEL. ¡Eh! (Extrañado.)
- NIC. Nada, nada; estaba pensando sin querer... Escucho á usted; continúe.
- CEL. (¿A que tengo que darle un par de verónicas para que se empape?)
- NIC. Dice usted que murió. Bien. ¿Dejó sucesión? (Prestando ya atención.)
- CEL. Sí, señor; tres hijos. Margarita, la menor, era abuela de mi mujer. La otra, Catalina, no hablemos de ella, era una tía...
- NIC. ¿Pura?
- CEL. No; Catalina...
- NIC. Sí, sí; es verdad.
- CEL. Tía segunda, que murió *ab intestato* y sin sucesión. De modo, que dejemos esa rama...
- NIC. Sí; nada de andar por las ramas... ¡al ramo! digo, al grano... (¡No puedo sustraerme de la tía, del ramo y del diablo que los lleve!)
- CEL. (Viéndole divagar.) (Nada, lo dicho; ¡es que está pidiendo banderillas de fuego!)
- NIC. Adelante, señor mío; adelante.
- CEL. Entre los bienes heredados les correspondió por partes iguales, á mi mujer y á un hermano suyo, un gran cortijo en tierras de Cordoba. ¿Se entera usted?
- NIC. Sí, señor; perfectamente.
- CEL. Y en ese cortijo está la madre del cordero.
- NIC. Vamos, se trata de un rebaño, ¿verdad?
- CEL. No, señor; sino *de rebañar* mi señor cuñado.

fuera de un molino, que le dejamos porque sí, una noria que hay en la linde de nuestras partes respectivas. Y yo no cedo, como es natural; porque ya que él ha tirado del molino, justo es que me deje á mí tirar de la noria.

NIC. Tiene usted razón. Nada más justo.

CEL. Bueno; pues entablamos el consiguiente pleito, y aun cuando se oponía al principio Nieves, mi mujer...

NIC. (Dando un respingo.) ¿Nieves? ¿Ha dicho usted Nieves? ¿Su mujer de usted se llama Nieves?

CEL. Sí, señor. ¿Qué tiene de particular?

NIC. ¡Caracoles! ¿Será este el marido bueno que molesta poco? ¡Sí; este debe ser!

CEL. Pero... ¿quiere usted explicarme?...

NIC. ¡Amigo mío, ya veo claro! No le digo á usted más.

CEL. Pues para mayor claridad, vea usted cómo lo prueba esta copia de un testamento, hecha de puño y letra de mi mujer.

NIC. ¡De su mujer! Venga. (Toma precipitado el pliego que le presenta Celedonio y, apartándose, compara el escrito con el de la carta que mostró antes y saca del bolsillo.)

CEL. ¡Gracias á Dios que atiende al trasteo!

NIC. ¡Justo! ¡Los mismos garrapatos!

CEL. ¿Qué?

NIC. ¡Ciertos son los toros!

CEL. ¡No entiendo!...

NIC. ¿Y los ha dejado usted ir solos?

CEL. Pero, ¿á quiénes?...

NIC. ¡A ellos!... ¡Vamos, hombre! (Paseando agitado.)

CEL. ¿Pero qué le pasa á usted? No adivino... (se levanta.)

NIC. ¡Desdichado! ¡No ve usted más allá de sus narices! ¡No ha reparado que cortejan á su mujer!

CEL. ¡Rayos! ¿A Nieves? ¿Y quién es el miserable?...

NIC. Calma, Bolonio, digo, don Celedonio; prudencia...

CEL. ¿Quién es él? ¡Pronto!... (Cogiéndole por las solapas.)

- NIC. ¡Mis solapas! ¡Caballero!  
CEL. ¡Su nombre... pronto!  
NIC. Hombre... uno que vive aquí, sí, señor; aquí mismo.  
CEL. ¿Está usted cierto?  
NIC. Hay pruebas; se escriben, se aman... ¡y nos la pegan!  
CEL. ¡Lo mato! (Andando furioso por la escena.)  
NIC. ¡Y yo! (Lo mismo. Aparece Adela por el fondo.)

## ESCENA XII

DICHOS y ADELA

- ADELA ¡Qué voces! ¿Qué ocurre?  
NIC. ¡Mi hijal! ¡Cállese usted! (A Celedonio.)  
CEL. (Exaltado.) Ocurre, que hay aquí quien se permite cortejar á Nieves, y en cuanto sepa yo quién es... ¡lo descabello!  
ADELA ¡Jesús!  
NIC. (A Celedonio.) ¡Cállese usted, hombre!  
ADELA ¿Qué está usted diciendo?  
CEL. Su padre de usted acaba de decírmelo.  
NIC. ¿Yo? Si no he abierto mi boca. (Haciéndole señas á Celedonio.)  
ADELA Usted ha perdido la cabeza.  
NIC. Sí, hija mía, sí. Este señor no sabe lo que se pesca.  
CEL. ¡Pero... no acaba usted de decirme que uno que vive aquí!  
ADELA ¿Aquí? ¡Dios mío!  
NIC. Vaya. ¡Al fin metió usted la pata! (A Celedonio.)  
CEL. ¡Rayo! ¿Si será?...  
ADELA ¿Quién es? No me lo oculte usted.  
CEL. ¿Lo sé yo, acaso? ¡Pero lo sospecho!  
ADELA ¡Ay, yo también! (Se echa á llorar.)  
NIC. Pues se equivocan ustedes.  
CEL. Ya, ya lo aclararemos. Pero como no quiero permanecer un momento más en esta casa, voy á preparar mi equipaje para marcharnos en cuanto venga Nieves. ¡Y á ella!... (Éntrase precipitado en su gabinete.)



ESCENA XIII

ADELA y DON NICOMEDES, luego NIEVES

- NIC. (Pues ahora la cosa no tiene remedio.)  
ADELA Papá, quiero saberlo todo.  
NIC. Pero muchacha, si no hay nada. ¿No has reparado que á ese hombre le falta un tornillo?  
ADELA Es inútil que finja. Es Eduardo quien... ¡Qué desgraciada soy! (Se echa en brazos de don Nicomedes.)  
NIC. Adelita, hija mía. (¡La hace llorar ese bergante!) Te aseguro que no es Eduardo el que...  
ADELA ¿Pues quién es entonces?  
NIC. ¿Quién? (Ea; me sacrificaré por su tranquilidad.) ¿Te empeñas en saberlo?  
ADELA Sí, sí... ¿quién es?  
NIC. Yo.  
ADELA ¡Usted!... (Aparece Nieves por el fondo.)  
NIEV. Aquí estoy yo.  
ADELA (Ella...) (Nieves, ocupada en quitarse el abrigo, no repara en ellos.)  
NIC. (Ahora tengo que sostener mi papel.)  
ADELA (Mi padre... ¡no es posible! Es Eduardo, no hay duda.)  
NIEV. El cuadro es uná maravilla, llamará la atención; los toros tienen tanta propiedad... Uno de ellos, en particular, parece que se sale del cuadro, que se arranca de frente á una...  
NIC. (El que se va á arrancar soy yo.) Nieves, tengo que hablar con usted á solas. ¿Me lo permite?  
NIEV. Con mucho gusto.  
NIC. Es usted, además de encantadora, amabilísima.  
NIEV. Y usted muy galante.  
ADELA ¿Y... Eduardo? (Violenta.)  
NIEV. Me ha dejado en el portal. Se ha empeñado

en ir á comprar un ramo para obsequiarme.  
NIC. (¡Otro!)  
NIEV. ¡Ah, te advierto, que en cuanto almorcemos me ha prometido llevarme al Museo!  
NIC. (¡Canastos!)  
ADELA. Creo que eso no podrá ser. (Reprimiéndose.)  
NIEV. ¿No? ¿Por qué?  
ADELA. (Con frialdad.) Tenemos que hacer una visita muy urgente y no le será posible acompañarte. (Vase por la primera puerta de la derecha.)

## ESCENA XIV

NIEVES, DON NICOMEDES, á poco CELEDONIO y después  
EDUARDO

NIEV. (sorprendida.) ¿Qué tiene, Adela? ese tono...  
NIC. Nada; su marido de usted es la causa...  
NIEV. ¿Celedonio? ¿De qué?  
NIC. (¡Uy! Me parece que Adela escucha tras el portier. ¡Pobrecilla!...) (Adela, efectivamente escucha tras el portier.)  
NIEV. Hable usted, estamos solos...  
NIC. (A mi papel. Voy á tranquilizarla.) ¡Sí, bellísima y seductora Nieves; ha sospechado que yo la miraba á usted con cierto... pues! (Bajo á Nieves.) Finja usted conmigo.  
NIEV. ¡Caballero, usted está loco!  
NIC. Sí; loco de amor. Verla, é inflamárseme la llama de una pasión violenta fué todo uno. Ha bastado una chispa... (Procurando ser oído bien de Adela, y mirando más al portier, que á Nieves.)  
NIEV. (¿Estará borracho?)  
NIC. Para que el volcán estalle. Me abraso... ¡Ay, Nieves, apágume usted!...  
NIEV. ¡Já... já!... Aguarde usted, avisaremos á la bomba...  
NIC. (Bajo á Nieves.) No haga usted caso... (Alto.) Por una mirada, por una sonrisa, todo lo aban-

donaría, hasta á mi yerno. (Bajo.) Traiga usted esa mano. (Cogiéndosela.) ¡Huyamos!

NIEV. ¡Qué atrocidad! (Tratando de retirar la mano. Celedonio va á salir y se detiene á observar también tras el portier.)

CEL. (¡Cáscaras!)

NIC. (Sigue escuchando...) Desde aquí á París, luego á Inglaterra, y desde allí... (no sé á donde se va desde allí.)

NIEV. Pero, caballero...

NIC. (¡Golpe de efecto ahora!) (Se arrodilla ante ella.) Nieves, míreme usted á sus piés completamente... amelonado.

NIEV. ¡Pues ya escampa!... (Entra Eduardo por el fondo, trayendo un ramo. Al verlos se detiene sorprendido. Celedonio sale al mismo tiempo y dando una manotada en la calva á don Nicomedes; este queda anonadado y perplejo.)

EDUAR. ¡Cáspital! Papá...

NIEV. ¡Celedonio!... (Al verle y huyendo por la primera puerta derecha.)

CEL. (A don Nicomedes.) ¡Señor mío, vengo á calar el melón!

## ESCENA ULTIMA

DON NICOMEDES, EDUARDO, CELEDONIO, y despues ADELA y NIEVES

NIC. (En efecto, di el golpe.)

CEL. ¡Esto es una infamia!

EDUAR. ¡Y en mi casa, por añadidura!...

NIC. (Levantándose ayudado por Eduardo.) (¡En buena me he metido!)

CEL. (A don Nicomedes.) ¡Como usted comprenderá, esto no puede quedar así! Uno de los dos está demás.

NIC. Sí; yo, que me voy ahora mismo.

CEL. (Deteniéndole.) ¡Alto! Armas, el sitio..

NIC. ¡Qué sé yo en qué sitio estarán las armas!...

- CEL. ¡Eduardo, ó él, ó tú!
- EDUAR. ¡Pero, papá; nunca lo hubiera creído!...
- NIC. Ea; ya me cargué. (A Celedonio.) Sepa usted que no hay nada de lo que ha visto.
- CEL. ¿Que no? ¿Pues como estaba usted arrodillado delante de mi mujer?
- EDUAR. Eso es, ¿por qué?
- NIC. ¿Y tienes tú valor?... (A Eduardo.) ¿Así pagas mi sacrificio? Adela sospechaba ya tus relaciones con Nieves.
- EDUAR. ¡Yo!
- CEL. ¿Qué oigo?
- NIC. Sí, señor. ¡*Ecce homo!* Este es el que se cartea con ella y se dan y toman el pelo... (Empujando á Eduardo hacia Celedonio.) Ahora mátele usted si quiere; yo me lavo las manos, y de paso me llevaré á mi hija.
- EDUAR. Celedonio, te ruego que no creas...
- CEL. ¡Voto á!...
- NIC. Repito que se la pegaba á usted, pero á mí no. Aquí está la prueba. ¡Carta canta! (Presentando la que encontró en la levita; Eduardo la coge. Aparecen Adela y Nieves. Esta última sonriente corre á hablar aparte á Celedonio.)
- EDUAR. Venga, quiero verla.
- NIC. (Al ver á Adela; bajo á Eduardo.) Adela. ¡Cómé-tela!...
- EDUAR. (Viendo la carta.) ¡Já, já!... ¿Era esta? (Corre á enseñarla á Adela, esta ríe. Celedonio y Nieves que la miran con ella, ríen también. Eduardo se acerca luego á Nieves y Celedonio y les impone del enredo.)
- NIC. (Se ríe... ¿Y ellos también? ¿Qué significa esto?)
- ADELA Muy sencillo, papá. Esta carta me la escribió Nieves desde Córdoba, hace ocho días.
- NIC. ¿Y cómo la tenía tu marido en la levita?
- EDUAR. ¡Hola! ¿También registra usted mis bolsillos?
- NIC. (Viéndose vencido.) ¡Qué demontre! yo...
- EDUAR. ¿Cuando se convencerá usted de que no ve más que visiones? Que quien más mira...
- ADELA Sí, papá. Eduardo me ama.
- NIC. ¿Pero, hija mía, eso quien lo duda? Si este es fiel... (Abrazando á Eduardo.)

EDUAR. Basta que usted lo diga. (Irónico.)  
NIC. (Ah, si no se la pega hoy, se la pegará ma-  
ñana. Seguiré viniendo todos los días.)

(Y seguirán mis visitas  
su conducta averiguando:) (Por Eduardo.)  
naturalmente contando (Al público.)  
conque tú me lo permitas.

TELÓN



## OBRAS DE LUIS COCAT

- Las citas de Carlota*, juguete cómico.  
*De vuelta de Argel*, zarzuela cómica.  
*El Doctor Falopini*, sordera cómica.  
*Les amis sont les amis...*, juguete cómico lírico.  
*La Reunión de candil*, zarzuela cómica.  
*En el Viaducto*, pasillo cómico-lírico.  
*Sobre las tejas*, humorada cómico-lírica.  
*Oídos á componer*, juguete cómico-lírico.  
*Platos del día*, revista cómico-lírica en varios cuadros.  
*R. R. O.*, monólogo apropiado.  
*Por la culata*, juguete cómico-lírico.  
*El chiripero*, idem, id., id.  
*Cajón de sastre*, revista cómico-lírica en varios cuadros.  
*Pisto manchego*, idem, id., id.  
*La gorra de Gómez*, juguete cómico-lírico.

## OBRAS DE HELIODORO CRIADO

- El correo interior*, juguete cómico.  
*Cosas de España*, revista cómico-lírica en dos actos.  
*A Capellanes*, apropiado.  
*Sitiado por hambre*, juguete cómico-lírico.  
*Noche-buena*, idem, id., id.  
*La Patti y Nicolini*, idem, id., id.  
*Un loco hace ciento*, idem, id., id.  
*Sin contrata*, idem, id., id.  
*La caricatura*, juguete cómico.  
*Monomanía teatral*, juguete cómico-lírico.

## DE LOS MISMOS (en colaboración)

- A toda vela*, zarzuela en un acto.  
*La velada de Benito*, boceto cómico-lírico.  
*Como tres en un zapato*, juguete cómico-lírico.  
*Nina*, juguete cómico lírico (2.<sup>a</sup> edición).  
*Quedarse "in albis"* juguete cómico-lírico.  
*Dos chicos en grande*, humorada cómico-lírica.  
*¡A la Exposición!* viaje cómico-lírico en cinco cuadros.  
*Papá-suegro*, juguete cómico-lírico.  
*Arlequina*, juguete cómico-lírico.  
*La barrica de oro*, humorada cómico-lírica.  
*Un cero á la izquierda*, juguete cómico.  
*Los cotorrones*, juguete cómico.  
*La comida de boda*, juguete cómico-lírico.  
*La señá Manuela*, (2.<sup>a</sup> parte de *Nina*), id., id.  
*Sin contar con la huésped*, juguete cómico-lírico.  
*Quien más mira...*, juguete cómico.











# PUNTOS DE VENTA

---

## MADRID

Librerías de los Sres *Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los Sres. *Simón y C.<sup>a</sup>*, calle de las Infantas, 18, y del Sr. *Escribano*, plaza del Angel, 2.

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

---

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.